

El sacramento de la confirmación

Vigilia de Pentecostés
13 de mayo de 1978

Génesis 11, 1-9
Romanos 8, 22-27
Juan 7, 37-39

Queridos hermanos sacerdotes, queridos jóvenes que van a recibir hoy la plenitud de su iniciación cristiana, queridos hermanos:

Esta presencia de juventud en la catedral y el recuerdo que el Evangelio nos acaba de hacer se completan. Era el día más solemne de la fiesta de los Tabernáculos, cuando una procesión de jóvenes llevaban ánforas de agua de la piscina de Siloé hacia el atrio del templo, para significar el ansia de agua pidiendo al cielo la lluvia para nuestra tierra. La tierra luego germinaba, brotaba la naturaleza bajo la fecundidad del agua.

Y Cristo asume esa ceremonia, esa liturgia de su pueblo, para traducirla en la bella realidad que Él trae al mundo. Así como la tierra reseca anhela la lluvia, el agua, así la humanidad sin la vida del Espíritu de Dios es desierto, es árida. Y por eso, grita en medio de la fiesta, en medio de aquella juventud con los cántaros de agua: “El que tenga sed, venga a mí y beba”. Y hablaba del “Espíritu —dice el Evangelio— que habían de recibir los que creyeran en él”. Todavía no había venido el Espíritu —comenta San Juan— porque, para que el Espíritu de Cristo glorificado viniera a continuar su misión de ser agua fecunda en el mundo, era necesario que esa humanidad de Cristo fuera glorificada en la ascensión a los cielos.

Jn 7, 37
Jn 7, 39a

Jn 7, 39b

LG 11

Diez días después que Cristo subió a los cielos, sobre Jerusalén se vio llover el Espíritu Santo, que venía a fecundar al mundo con la presencia mística de aquel Cristo que es agua que fertiliza a los corazones. Y desde aquel Pentecostés que inició la vida de la Iglesia, continuación de la vida de Cristo en el mundo, continúa la Iglesia dando el Espíritu de Cristo a quienes creen en Él. Y todo aquel que cree en Cristo y, como ustedes, queridos jóvenes, se acercan a recibir el Espíritu de Cristo son tierra fecunda. Y como dice el Concilio, hablando del sacramento de la confirmación, ustedes, esta noche, van a identificarse más con ese Cristo, van a incorporarse más íntimamente a esa Iglesia, y con el don del Espíritu Santo, se capacitan con una nueva fortaleza para defender y difundir el mensaje que como agua fecunda necesita el mundo.

Bendito sea Dios que este sueño de renovación litúrgica ha realizado entre nosotros —gracias a la colaboración de los colegios católicos, de las comunidades parroquiales, de las comunidades juveniles, de las comunidades de base— esta noche, la renovación del sacramento de la confirmación. No un sacramento dado a chiquillos que no entienden lo que reciben, sino un sacramento cuando unos jóvenes que saben, como aquella procesión de Jerusalén, que el agua es necesaria para la tierra y piden a Dios la gracia del agua; ustedes van a recibir el don del Espíritu Santo, el agua fecunda del Espíritu que necesita el mundo para ser más fecundo en el amor, para que el mensaje de Cristo, llevado por ustedes que desde esta noche quedan más incorporados, más comprometidos con este reino y con este mensaje, tienen que llevar a ese mundo como torrente de vida, su propio testimonio, su propia palabra.

El sacramento que ustedes van a recibir ahora es el sacramento de los mártires. Mártir quiere decir testigo. Testigo de una vida que el mundo no conoce. Testigo de una vida que el mundo no conoce y que por eso la persigue y la calumnia. El confirmado tiene que ser un joven, una mujer, valiente para dar su cara por Cristo, como los mártires. No tuviéramos las gloriosas páginas del martirio en la Iglesia de Cristo si no hubiera sido por este don del Espíritu Santo que ustedes van a recibir.

Quién le pudo dar fortaleza a los jóvenes, a las virgencitas de aquel tiempo, para morir entre las fieras o bajo la cuchilla de los verdugos, sino la fuerza del Espíritu Santo que les hacía, con-

firmados en esa fe, morir antes que traicionar su cristianismo. ¡Cuánto necesitamos esta valentía en esta hora de cobardes, de traidores, de vendedores de su fe!

Jóvenes, en ustedes la Iglesia se renueva, en ustedes el Espíritu de Dios es como agua fecunda para la humanidad de esta arquidiócesis que vive, como en esta noche, un Pentecostés no solo en su catedral, sino en todo el ámbito de sus fronteras gracias a que ha habido mártires que han sido nobles, profesionales de su confirmación, de su bautismo, de su eucaristía, de su fe en Cristo.

Que ustedes sean ese reverdecer. La juventud siempre es un signo de renovación. La juventud no es tanto una edad como una situación. Porque la juventud muchas veces se encuentra hasta en gente madura porque siempre renueva su fe. Así como el desierto, tierra sin agua, no solamente es aridez de la naturaleza, sino que también en los corazones se muere la vida cuando hay cobardía, cuando no hay valentía de defender esta fe de martirio que Cristo va a entregarles en esta noche.

Yo me alegro de ser el ministro, junto con mis hermanos sacerdotes, de este don del Espíritu Santo en este Pentecostés de 1978. Solo les pido a ustedes, queridos jóvenes que van a ser confirmados, y a todos ustedes, queridos cristianos ya confirmados desde hace mucho tiempo, así como a nosotros sacerdotes y obispo, que en esta noche renovemos todos la conciencia de que el Espíritu Santo ha venido a su Iglesia, que somos nosotros. Y como los apóstoles, que de cobardes se convierten en valientes para llevar el reino de Cristo bajo el impulso del Espíritu a un mundo pagano que luego se convierte en adorador de Cristo, seamos, en esta hora definitiva de nuestra historia, los apóstoles que, saliendo de este cenáculo del Pentecostés moderno, sepamos dar testimonio de nuestra fe y de nuestra esperanza cristiana. Vamos a proceder, entonces, a este hermoso momento en que la catedral es un verdadero cenáculo.